

Reparar la fractura: comunidad heterogénea y reconocimiento afectivo en *Poeta chileno* de Alejandro Zambra*

Recibido: 26/08/2023 | Revisado: 02/07/2024 | Aceptado: 08/08/2024
DOI: 10.17230/co-herencia.21.41.07

Yiyang Wu**

yiyangwu2666@gmail.com

Resumen Como forma de cuestionamiento social e ideológico, la modalidad parricida y alegórica se ha consolidado como una estética paradigmática en la narrativa contemporánea del Cono Sur. Caracterizadas por diversas posiciones identitarias, estas propuestas literarias dificultan la construcción de un lenguaje común. Bajo este contexto, el presente artículo realiza una revisión exhaustiva de las obras de autores como Andrés Neuman, Mauricio Electorat, Alejandra Costamagna, Lina Meruane y Patricio Pron, quienes exploran la reparación de los vínculos intersubjetivos. Como obra representativa de la tendencia, *Poeta chileno* de Alejandro Zambra crea un denominador común y articula un espacio de consenso donde distintos sujetos se comunican poética y afectivamente. Con base en las tesis de teóricos como Jean-Luc Nancy, Laclau, Mouffe y Merleau-Ponty, se demuestra cómo esta novela configura una comunidad heterogénea y desbordada que encuentra sentidos universales a partir de las particularidades, lo que auspicia un consenso diferencial entre los sujetos a pesar de sus discrepancias. La relación entre el padrastro y el hijastro proyecta una mirada afectiva y empática hacia el Otro, al hallar lo trascendental en las experiencias fragmentarias, lo cual perpetúa la búsqueda de un sentido sólido en la posmodernidad.

Palabras clave:

Afecto, comunidad, Cono Sur, identidad, poesía, narrativa posdictatorial.

* Esta investigación está financiada por la Universidad de Asuntos Exteriores de China mediante el Fondo de Investigación Fundamental para las Universidades Centrales (*supported by the Fundamental Research Funds for the Central Universities, China Foreign Affairs University, 3162024ZYQA02*).

** Doctor en Estudios Filológicos de la Universidad de Sevilla. Profesor Asociado en el Departamento de Filología Hispánica, Universidad de Asuntos Exteriores de China (外交学院). ORCID: 0000-0003-1092-1949.

Repairing the Fracture: Heterogeneous Community and Affective Recognition in *Poeta chileno* by Alejandro Zambra

Abstract As a form of social and ideological questioning, the parricidal and allegorical modality has consolidated itself as a paradigmatic aesthetic in the contemporary narrative of the Southern Cone. Characterized by diverse identity positions, these literary proposals hinder the construction of a common language. In this context, authors such as Mauricio Electoral, Alejandra Costamagna, Lina Meruane and Patricio Pron begin to investigate the repair of intersubjective links. As a representative work of the trend, Alejandro Zambra's *Poeta chileno* creates a common denominator and articulates a space of consensus where different subjects communicate poetically and affectively. Based on the thesis of theorists such as Jean-Luc Nancy, Laclau, Mouffe and Merleau-Ponty, it is shown how the novel configures a heterogeneous and overflowing community that finds universal meanings from the particularities, generating a differential consensus among the subjects despite their discrepancies. The relationship between stepfather and stepson projects an affective and empathetic gaze towards the other, finding transcendentalism in fragmentary experiences and thus perpetuating the search for a solid meaning in postmodernity.

Keywords:

Affection, community, Cono Sur, identity, poetry, post-dictatorial narrative.

Nombrar la falta: fractura y parricidio en la narrativa posdictatorial del Cono Sur

En la segunda mitad del siglo XX reina la episteme posestructuralista y posmodernista, cuya búsqueda genealógica e indagación en las fisuras del conocimiento dan lugar a cambios paradigmáticos en los campos de la historia, la estética y la filosofía. En el ámbito literario asistimos a la descomposición progresiva del canon convencional y a la caída del metarrelato esencialista y logocéntrico. Emergen al mismo tiempo novelas que cuestionan la supuesta neutralidad de una narrativa total, al adentrarse en las fisuras obscenas del capitalismo y oponerle las visiones marginadas al discurso hegemónico del pasado. Esto hace que los nuevos narradores, ansiosos por un reconocimiento digno y un lugar propio en un mundo fragmentado por las disputas ideológicas (Fukuyama, 2019), se confronten con la

tradición y se enfrenten entre sí debido a su pertenencia a las distintas *comunidades identitarias*.

Ese deseo común de reconocimiento está apropiado por una política del resentimiento que alimenta alienaciones y fracturas identitarias:

Los cimientos de la identidad se establecieron con la percepción de una disyunción entre el yo interior y el yo exterior. Las personas creen que tienen una identidad verdadera o auténtica que se esconde dentro de sí mismas y que de alguna manera no concuerda con el papel que les asigna la sociedad que les rodea (Fukuyama, 2019, p. 40).

Dicha fractura está presente también en el panorama narrativo posdictatorial del Cono Sur, donde los denominados “hijos de la dictadura” procuran legitimar su propio discurso disidente, dándole visibilidad a una multiplicidad de visiones reaccionarias y específicas en contraposición a la verdad legítima de los padres (Amaro, 2014; Carreño, 2005; García-Avello, 2019; Hernández, 2019; Lillo, 2011). La reivindicación de las marcas identitarias “ilegítimas” caracteriza a esta generación posdictatorial, la cual asume un distanciamiento ideológico y porta múltiples maneras de interpretar el pasado bajo su nueva óptica interpretativa.¹ Se producen relatos en forma de *memorias narrativas* que no cumplen con la fidelidad factual en sentido estricto, que revelan cómo los discursos convencionales vaciados de humanidad monopolizan la escena cultural y entran en constante conflicto con las perspectivas de los hijos, dotadas de una fuerza autocrítica y dialéctica llena de vitalidad. Por lo tanto, se recurre de manera constante al contraste entre la contundencia del discurso paternalista y la inocencia de la perspectiva infantil, que constituye miradas microscópicas y particulares, apartándose “radicalmente de todo intento de erigir mitos alrededor de los movimientos anti-dictadura de la época” (Lillo, 2011, p. 146), lo cual hace trascender la posibilidad del cuestionamiento “hacia formas de

¹ Las obras representativas son *Cómo me hice monja* (1993) de César Aira; *Mapocho* (2002) de Nona Fernández; *El desierto* (2005) de Carlos Franz; *La casa de los conejos* (2007) de Laura Alcoba; *Historia del llanto* (2007) de Alan Pauls; *Las teorías salvajes* (2008) de Pola Oloixarac, y *Formas de volver a casa* (2011) de Alejandro Zambra.

crítica de la herencia social, cultural y política nada desdeñables” (Amaro, 2014, p. 111).²

Situada fuera de las narrativas institucionales, la crítica de los hijos se formula tanto contra los antiguos discursos sociales de la izquierda revolucionaria, como contra el “nombre del padre” en su sentido abstracto, el pensamiento nacionalista y patriarcal y su identidad reificada, reducida con frecuencia a puras representaciones formales y fálicas (cárcel, escuela, comisaría) que se imponen en las prácticas cotidianas. Abundan subjetividades disgregadas que “exhiben la historia de su disolución” (Carreño, 2005, p. 104) y afloran ambigüedades identitarias que se mueven en un estado de extrema ambigüedad y volatilidad, proclamando una actitud radical de parodia, perversión y juego: “El juego era mi libertad” (Aira, 2005, p. 77); “[el cuerpo travestido] era una porción de historia de nuestro país, la pornográfica y feliz historia de este país” (Sosa Villada, 2020, p. 221).

Para los hijos insumisos, el “nombre del padre” constituye “la tradición, la experiencia, la legitimidad [...] pontificando contra el presente”, a la vez que “lleva la literatura a la tumba” (Zambra, 2006, p. 245). En lugar de crear una gran novela unificada, se desenmascara poco a poco, a partir de lo discontinuo y lo episódico, una narrativa subvencionada por el Estado, lo que causa inevitablemente una atomización de las experiencias transmitidas.³ Las perspectivas alternativas no alcanzan una totalidad unificadora, sino que “dan cuenta de temas, sujetos, espacios, tiempos o destinos de modo parcial, fragmentario, atomizado, desperfilado” (Lillo, 2011, p. 43).

Por otro lado, la globalización legitima solamente el flujo pseudolibre y desregulador del capital, y el rendimiento se convierte en un nuevo imperativo que reemplaza los discursos autoritarios de prohibición. Se produce una pérdida del sentido de historicidad y la violencia de lo rápido y lo libidinal se enmascara bajo la apariencia de una hiperactividad capitalista. En la medida en que el neoliberalismo

² “Memory culture refers to a collective and ongoing effort to commemorate the past through both official and unofficial means, with the goal of reshaping History to account for discontinuities” (Benner, 2022, p. 245).

³ A este respecto, se destaca la primera parte de *La novela luminosa* (2005) de Mario Levrero.

cultural del Cono Sur interpela a los ciudadanos como *homo oeconomicus* libres en la lucha por su propio bienestar, se exacerba un individualismo que concibe al sujeto como “empresario de sí mismo” y “responsable de su propio destino” (Reynares, 2017, p. 291), de modo que la diferencia y la fractura intersubjetiva, convertidas en tendencias irreparables, erosionan los lazos comunitarios.⁴

La confrontación entre una pluralidad de versiones particulares, individuales, y a menudo contradictorias, hace que la única certeza sea “la existencia de una proliferación de significantes orientados a deconstruir significados y narrativas totalizadoras”, cuyo resultado es “un vacío o silencio, cuya negatividad se afirma en una renarración” (García-Avello, 2019, p. 7). En consonancia con las revelaciones de Walter Benjamin (1990), se trata de una fractura entre la apariencia homogénea y trascendental del ser y las representaciones múltiples; entre un sistema cerrado de significación que se afirma por lógicas causales y las fisuras lingüísticas que emergen de un espacio imposible: “[...] esos accesorios del significar, precisamente por aludir a algo distinto, cobran una potencialidad que los hace parecer inconmensurables con las cosas profanas y las eleva a un plano superior, pudiendo incluso llegar a santificarlas” (1990, p. 393). Las visiones distópicas y progresistas chocan de manera frontal con “los emblemas del poder, la belleza, el carácter idílico de la vida pastoril y la naturaleza paradisíaca, mostrando su contingencia histórica, su hipocresía y su vanidad” (Molano, 2014, p. 180). Al diluirse la frontera entre lo narrable y lo inenarrable, la carencia fundamental e indecible sustenta de forma paradójica el discurso narrativo: “[...] el lenguaje encuentra los límites de su potencialidad representativa del mundo en la imposibilidad de representarse a sí mismo” (Jofré y Bilbao, 2022, p. 32).

La sensación del vacío y las tensiones excedentes entre el ser y el mundo se materializan en el lenguaje novelístico contemporáneo: proliferan figuras, metáforas, alegorías transfiguradas que desafían tanto las ideologías conservadoras convencionales como las

⁴ “El individuo neoliberal es producido mediante una específica tecnología de gobierno para competir de forma aparentemente libre en espacios diversos bajo la lógica expandida del mercado. [...] Al tiempo que el individuo se comprende como empresario de sí mismo, es también responsable de su destino, exitoso o frustrado” (Reynares, 2017, pp. 290-291).

políticamente correctas, ofreciendo un contrasentido inestable y perturbador. En obras como *Los Living* de Martín Caparrós (1999), *La azotea* de Fernanda Trías (2001), *Wasabi* de Alan Pauls (2005), *Sangre en el ojo* de Lina Meruane (2012), *Las cosas que perdimos en el fuego* de Mariana Enríquez (2016) y *Mona* de Pola Oloixarac (2019), las experiencias desbordantes trascienden el marco denotativo para poner en duda el antiguo sistema de representación y denominar el meollo innombrable del ser, aquello que se escapa de lo simbólico: “[...] caminábamos y corríamos por el borde de la azotea sin miedo a caernos ni a querer saltar” (Trías, 2001, p. 115).

A la par, con “un impulso tendiente a simbolizar la falta de lo real en la experiencia del sujeto más allá de los marcos sociales, institucionales o históricos que sostienen su experiencia” (Jofré y Bilbao, 2022, p. 31), se evocan imágenes grotescas y distópicas como gestos iconoclastas y desterritorializadores que rompen con el simulacro ideológico del capitalismo neoliberal, de modo que la escritura de enfermedad y monstruosidad ha ganado popularidad en la actualidad por encontrar “goces novelísticos” en la periferia (Enríquez, 2016; Pauls, 2005). La narración se vuelve terrorífica no por lo que describe, sino por la imposible relación que mantiene con los lectores y por “una brecha desde donde desarticula el espacio/tiempo” (Leandro-Hernández, 2018, p. 151).

En la escritura temprana de Alejandro Zambra ya se vislumbra la experiencia de imposibilidad y fractura: en un ensayo de 2013 señala que los autores no se sitúan en el centro, sino que se encargan de “indagar algunas imágenes, jugar, constituir o insinuar una presencia; habitar o construir una distancia, cubrir la melancolía con una pátina ligera, casi imperceptible, de humor, de ironía” (2013, p. 244). En distintas ocasiones describe una inmediatez empírica que conduce a la desorientación colectiva: “Que antes sabíamos más, porque estábamos llenos de convicciones, de dogmas, de reglas. Que amábamos esas reglas [...] Y ahora entendemos todo. Entendemos, en especial, el fracaso” (Zambra, 2011, p. 160); “no ha tomado decisiones, no ha perdido ni ha ganado, sólo se ha dejado atraer por ciertas imágenes” (2006, p. 20).

Esa visión encuentra una de sus primeras manifestaciones en *Bonsái*, su primera novela, donde se marchita lentamente el bonsái

al que el narrador trata de conferirle significados como alegoría de “toda una generación cortada desde la raíz e injertada en un espacio otro por el gobierno dictatorial” (Oliver, 2017, p. 226) y del “signo del malestar que sienten los personajes con respecto a la falta de arraigo y asidero en sus vidas” (Bieke, 2014, p. 56). La novela está inspirada en el cuento “Tantalia” de Macedonio Fernández, donde se narra la historia de una pareja que cultivó un trébol como símbolo de amor profundo. A la postre, lo abandonaron entre una multitud de plantas idénticas al advertir la excesiva simbología que conllevaba. La escritura imposible sobre la planta implica la incapacidad de captar algo sólido en un mundo fracturado y cambiante: “Un bonsái nunca se llama árbol bonsái. La palabra ya incluye el elemento *vivo*” (Zambra, 2006, p. 86).

En *Facsímil*, la imposibilidad de narrar se transmite con una descompuesta estructura narrativa. Imitando el modelo de examen de la Prueba de Aptitud Académica, Zambra emplea una infinidad de combinaciones y significaciones y un lenguaje no figurativo para apropiarse de manera dialógica del género no literario, relativizar la verdad y desautorizar “semánticas fundamentales del texto original” (Hernández, 2019, p. 103), como se puede observar en el siguiente fragmento:⁵

49. Quiero juntar estas palabras, _____ nada tenga sentido.

- A) aunque
- B) para que
- C) y que
- D) pero que
- E) hasta que

(Zambra, 2015, p. 33).

Al jugar con la (im)posibilidad de narrar en el intersticio entre lo trascendental simbólico y lo individual fracturado, se evidencia la

⁵ La Prueba de Aptitud Académica (PAA) de Chile fue un examen estándar aplicado desde 1966 hasta 2002 para medir las habilidades cognitivas de los estudiantes que aspiraban a ingresar a la educación superior. Se caracterizó por las fuertes tensiones psicológicas que causaba a los jóvenes. En cuentos como “Prueba de aptitud” de Alberto Fuguet (2018) e “Instituto Nacional” de Alejandro Zambra (2017), se menciona el ambiente asfixiante de los institutos públicos bajo la presión de la prueba, y de ahí los problemas latentes de desigualdad en la sociedad dictatorial.

actual crisis de representación que “encara al sujeto con el vacío de su deseo radical” (González y Osorio, 2022, p. 15). La incapacidad de un lenguaje connotativo acarrea a la vez la crisis de representación wittgensteiniana por “las constantes delimitaciones que entre el sujeto, la letra y el mundo, introducen los movimientos pulsionales” (Jofré y Bilbao, 2022, p. 25).⁶ Dado que el sentido se encuentra más allá del orden simbólico, se resiste a ser nombrado y contrasta con la lógica causal de la totalidad, la discontinuidad y el silencio llegan a caracterizar la escena literaria actual y dificultan el reconocimiento de un legado común y un consenso unificador. La búsqueda del sentido en medio de visiones incompatibles y la *babelización* del mundo se convierte en un imperativo ético y estético: surgen, como respuesta, un giro afectivo que reconfigura los lazos intersubjetivos y restaura los vínculos intersubjetivos, una comunidad heterogénea en la que las diversidades son elementos constitutivos y una política del reconocimiento que concilia las incompatibilidades.

Reconstruir “lo común”: comunidad heterogénea y reconocimiento afectivo

A medida que el relativismo ideológico y las excesivas posibilidades de transgresión ponen en peligro la existencia de un lenguaje compartido, a la vez que alimentan la incertidumbre y la falta de afecto (Bauman, 2004), aparecen alternativas que pretenden resolver el desencuentro, reconstruir los lazos intersubjetivos y crear nuevas formas de consenso. Habermas (1992), por ejemplo, formula un modelo de acuerdo radicado en la acción comunicativa basada en las normas gramaticales universales, con el motivo de encontrar un punto de convergencia entre los seres humanos pese a sus posturas enfrentadas en la esfera pública. Este modelo no aspira a imponer un acuerdo totalizador, sino que pretende reconciliar la interpretación del yo y del otro en situaciones específicas por medio de una racionalidad

⁶ “[...] esta multiplicidad no es algo fijo, dado de una vez por todas, sino que nuevos tipos de lenguaje, nuevos juegos de lenguaje, como podemos decir, nacen y otros envejecen y se olvidan” (Wittgenstein, 1999, p. 39); “justamente al proferir la oración de la manera habitual ocurre algo determinado y distinto” (1999, p. 114).

comunicativa abierta al cambio dialógico y la diversidad. El acuerdo conseguido es susceptible de nuevas transformaciones en cualquier momento, de modo que se superan los marcos conceptuales abstractos y el saber *a priori* de carácter coercitivo, dogmático y homogéneo que circunscribe a los sujetos:

Es más realista la imagen que nos ofrece la etnometodología de una comunicación difusa, frágil, constantemente sometida a revisión y sólo lograda por unos instantes, en la que los implicados se basan en presuposiciones problemáticas y no aclaradas, siempre moviéndose por tanteos desde algo en lo que ocasionalmente están de acuerdo a lo siguiente (Habermas, 1992, p. 145).

En lugar de afirmar solamente “relaciones entre sujetos y objetos”, se empiezan a construir “relaciones entre agentes comunicativos capaces de hablar y actuar” y a “preocuparse por la complejidad del mundo de la vida y su riqueza como fuente de los recursos lingüísticos de los agentes comunicativos” (Aguirre, 2022, p. 4). Sin caer en un relativismo absoluto, se forma una comunidad heterogénea entre los sujetos de distintas ideologías, estilos de vida y discursos, cuyos debates-diálogos favorecen la inclusión progresiva de la otredad en el espacio propio. Se resalta aquí una ética cosmopolita sustentada en la cercanía y el pacto concreto con los extraños, que reivindica las particularidades del Otro sin abandonar lo Uno y firma pactos interpersonales que pueden “concebirse a partir de la perspectiva normativa de sus compañeros de interacción” (Honneth, 1997, p. 114). De este modo, se configura un entramado de significaciones más concretas y complejas donde los integrantes participan en la redefinición constante de la comunidad: “Las interpretaciones cognitivas, las expectativas morales, las expresiones estéticas y las evaluaciones personales se solapan, se sobreponen y se confunden en un todo aparentemente indiferenciado sobre el cual se desarrollan las vidas humanas” (Aguirre, 2022, p. 8).

Por lo tanto, una comunidad cosmopolita y heterogénea sustituye el espacio estático de antaño para establecer nexos de carácter no impositivo: “[...] no sólo el Estado, sino también el condado, el pueblo, la calle, la empresa, el oficio, la profesión y la familia [...] deberían respaldar el derecho de los demás a vivir en

estados democráticos, con abundantes posibilidades de asociación dentro y fuera de sus fronteras” (Appiah, 2007, p. 353). Al dejar de encasillar a sus miembros y subyugarlos a un dictamen específico que preconiza una identidad autorreferencial y colectiva, esa comunidad heterogénea también se asemeja a la comunidad desbordada de Jean-Luc Nancy (2001), que genera subjetividades polifónicas a través del debate, la apertura y el entendimiento del otro. De acuerdo con el crítico francés, dicha comunidad detona cambios y rearticulaciones, porque “es lo que tiene lugar siempre a través del otro y para el otro. No es el espacio de los mí-mismo –sujetos y sustancias, en el fondo inmortales– sino el de los otros, que son siempre otros” (2001, p. 35).

Para los marxistas como Laclau y Mouffe (1987), que pretenden dismantelar cierto pensamiento petrificado y esencialista de la izquierda, el concepto de la comunidad debe ser reestructurado y rearticulado cada vez que emergen nuevas maneras solapadas de subordinación bajo “las formas relativas y precarias de fijación que han acompañado a la instauración de un cierto orden” (1987, p. 164). Sustentada en una ética cosmopolita, la comunidad heterogénea trata de dialogar con distintos “otros” bajo contextos específicos, lo que deriva en “un auténtico bien constitutivo del resto de bienes” (Gracia y Reyes, 2022, p. 4).

Bajo ese tenor, nace una serie de obras que, con una mirada inclusiva y empática anclada en lo común, intentan mediar entre distintas perspectivas para encontrar un punto de encuentro en medio de las diferencias ideológicas. Se destacan *Una vez Argentina* de Andrés Neuman (2003); *Papá* de Federico Jeanmaire (2003); *La burla del tiempo* de Mauricio Electorat (2004); *Los topos* de Félix Bruzzone (2008); *El espíritu de mis padres sigue subiendo a la lluvia* de Patricio Pron (2011); *El nervio óptico* de María Gainza (2014); *Un padre extranjero* de Eduardo Berti (2018); *Sistema nervioso* de Lina Meruane (2019), y *El sistema del tacto* de Alejandra Costamagna (2018), entre otros. Lejos de aspirar a un relato homogéneo o unilateral, estas novelas abordan la complejidad de las relaciones humanas y sociales en un contexto posdictatorial donde los sujetos deben renegociar de manera constante su identidad y su lugar en el mundo a partir de las diferencias, para formar así una comunidad heterogénea capaz de propiciar nuevos diálogos.

Una vez Argentina de Andrés Neuman (2003) es un claro ejemplo de ello: se articula una argentinidad “universal” a partir de una comunidad de argentinos particulares que no encajan con la idiosincrasia nacional convencional. Son descendientes de expatriados y lo que los reúne a lo largo del tiempo no es el fútbol ni el afán político, sino el sentimiento persistente de extranjería que se transforma en un proceso continuo de resignificación, y la resistencia perpetua y digna frente al destino. Se traza una genealogía familiar heterogénea y dialogante dispuesta a renovarse y a confluir con subjetividades ajenas, al ser la formación de lo argentino un gesto inacabado “a punto de partir, pero permaneciendo” (Neuman, 2003, p. 231).

Al mostrar la dura reconciliación entre dos antiguos adversarios enfrentados por el maniqueísmo político durante la dictadura y hacer confluir dos identidades antes incompatibles, *La burla del tiempo* del chileno Mauricio Electorat (2004) constituye también uno de los intentos de construir una comunidad heterogénea. Se empieza a disolver una antítesis forjada entre dos figuras con identidades previamente irreconciliables, cuando el delator, que en un principio remite al típico victimario y cómplice de la dictadura, empieza a reivindicar una cualidad más humana, mientras que el delatado se desvía del prototipo de víctima inocente de la represión dictatorial con el cual se le suele identificar, cuando se revela en retrospectiva una juventud marcada por errores y malentendidos sobre la revolución. A medida que los dos se comprenden mutuamente mediante el diálogo y desde la perspectiva que da el paso del tiempo, ambos asimilan, en la realidad del otro, una verdad que no han imaginado antes y consiguen modificar poco a poco sus puntos de vista preestablecidos, dado que la verdad particular e incompleta de uno se complementa con la del otro. Dos puntos de vista convergen y forman un consenso diferencial, lo que contribuye a un consenso diferencial y perdón afectivo que resalta la condición fundamental de los sujetos, que esta vez dejan de actuar como receptores pasivos de la interpelación ideológica.

El consenso formado entre ellos no concuerda con el tono moderado del discurso estatal durante la transición democrática, cuyo único objetivo es recurrir a “lo políticamente correcto” para construir una comunidad falsamente homogénea en nombre del

olvido. Tampoco se ajusta a la falsa apariencia de subversión de los testimonios sensacionales convertidos en *best-sellers* posdictatoriales que perpetúan las figuras arquetípicas de la víctima sin cambiar un tono moderado (Richard, 2002; Sarlo, 2005).⁷ En cambio, se genera un cosmopolitismo plural fundado en la reciprocidad intersubjetiva que se deshace de mandamientos coactivos. La comunidad heterogénea logra así desbordar y desplazar al sujeto, creando puntos de anudamiento que reconectan múltiples subjetividades y oponiéndose a la lógica esencialista y substancial que la intenta condicionar.

Los lazos afectivos que se entablan entre los integrantes se vuelven indispensables para la formación de aquella comunidad heterogénea. *El sistema del tacto* de la chilena Alejandra Costamagna (2018) plasma una comunidad atípica de chilenos transfronterizos que desafían la noción de una chilenidad ideal, a partir de la figura de los marginados tanto en el árbol familiar como en el discurso nacional: Ania, quien se desplaza entre los dos países sin un destino fijo, está discriminada por ser “la chilena” en un pueblo argentino; Nélica, la tía-abuela de Ania, una dactilógrafa de origen italiano forzada a emigrar sin posibilidad de retorno; Agustín, el primo introvertido de Ana, quien mantiene una relación conflictiva con su padre y anhela abandonar el entorno social del pueblo argentino. Los archivos privados de estos personajes (fotografías, cartas familiares, manuales dactilográficos) funcionan como puntos de unión entre los chilenos desarraigados y marginados por la grandilocuencia y la contundencia del discurso nacionalista.⁸ La recopilación de las historias ninguneadas de aquellos que “rápidamente debían aprender a ser otros” (Costamagna, 2018, p. 89) ayuda a cicatrizar

⁷ “El engranaje neoliberal del mercado y sus proyecciones mediáticas fueron los encargados, durante la Transición, de desplegar la serie ‘mercancía’ como horizonte de gratificación consumista para hacer olvidar la humillación de los cuerpos dañados por la violencia de la tortura y la desaparición” (Richard, 2002, p. 188); “recurrir a una misma fórmula explicativa, un principio teológico que asegura origen y causalidad [...] La materia prima de la indignación debe ser restringida” (Sarlo, 2005, p. 15).

⁸ Se menciona la disputa bilateral sobre el canal de Beagle para mostrar cómo la fuerza coercitiva del nacionalismo ejerce impactos en la vida íntima: “Chile y Argentina estaban a punto de irse a la guerra [...] De eso hablan también las primas ahora. De lo que significa vivir separados por una montaña, por un océano” (Costamagna, 2018, p. 45).

las heridas infligidas por una política del odio que propagan los gobiernos dictatoriales y sus discursos paternalistas.

Entre los miembros de la comunidad nace un reconocimiento afectivo y corporal que no “se agota en la descripción de las propiedades materiales, inertes e inatencionales de los cuerpos en tanto objetos [...]” (Cely y Mojica, 2019, pp. 915). Esta forma de habitar corporalmente el mundo sustituye una interpretación mecánica y abstracta del mundo sustentado en el discurso público. El título de la novela (*El sistema del tacto*) apunta a una forma de ordenar recuerdos y reconstruir narrativas que se asemeja al proceso de dactilografía: imperfecto, plagado de imprecisiones y errores tipográficos, pero significativo en lo corporal y lo afectivo. Se contrastan dos tipos de palabras tecleadas: por una parte, las palabras contundentes (“relámpago”, “bandera”), por otra, las que aluden a una comunidad peculiar y no legítima en constante metamorfosis (“desplazamiento”, “hijos”, “maleza”). La historia de una “genealogía desviada” de chilenos empieza a cobrar forma a través de la incursión corporal en aquellas historias olvidadas marcadas por la precariedad y la exclusión:

¿Se da cuenta la madre de que el hijo se pone en sus manos, en sus dedos, para continuar el oficio que ella abandonó, para seguir tal vez su genealogía defectuosa? (Costamagna, 2018, p. 47).

1º: Las teclas deberán golpearse suave y secamente, retirando los dedos lo mas [sic] rápido posible. 2º: La fuerza de la pulsación debiera [sic] ser igual para todas las letras. Se consigue así una totalidad pareja en la escritura [sic] (2018, p. 155).

Al trazar una cartografía afectiva ligada a la vida del otro, lo particular se vuelve universal. Eso también explica el progresivo cambio de los “relatos de filiación” posdictatoriales del Cono Sur: en lugar de obstinarse en un parricidio ideológico, se intenta abordar el consenso intergeneracional siguiendo una lógica de “heteroafección que es al mismo tiempo autoafección” (Campos, 2013, p. 25). El patrón recurrente en este tipo de novelas es la resolución parcial pero significativa de los conflictos filiales basada en el consenso diferencial.

Al comienzo de *El espíritu de mis padres sigue subiendo a la lluvia* de Patricio Pron (2011), el narrador frustrado reconoce que lo único que lo une a su padre es “la sensación de estar unido en la derrota”

(p. 39).⁹ El giro afectivo aparece cuando el hijo se involucra, por primera vez, de manera corporal y afectiva, en una investigación policiaca sobre el pasado íntimo de su padre, con lo cual aprehende una solidaridad fundamental “más allá de las diferencias” (p. 184). Según el autor argentino, dicho afecto no emana del “imperativo ético que esa generación puso sin quererlo sobre nosotros” (2011, p. 179), sino de una intencionalidad dirigida al Otro, de “algo fundamental y único” (p. 184) más allá de las discrepancias, capaz de “trascender el concepto de bien reducible a la individualidad y de abrir un espacio propio y genuino desde el que entender lo común” (Gracia y Reyes, 2022, p. 7).

De modo similar, *Sistema nervioso* de la escritora chilena Lina Meruane (2019) trata la enfermedad corporal que afecta a los distintos sujetos como un denominador común para reivindicar una ética intersubjetiva y concreta en medio de los fragmentos diarios. La protagonista, una astrónoma dedicada a las fórmulas cósmicas, logra al final encontrar una convergencia con su padre, médico que le impone una autoridad absoluta por la enfermedad que ambos padecen. Para Trabucco Zerán, compartir el dolor concreto es “compartir una lengua, una forma de habitar” (2020, p. 218). Escrita en fragmentos que se asemejan a la experiencia fracturada de la posmodernidad, la novela destaca algunas palabras en cursiva para simular la descarga de corticoides que recibe la protagonista durante su rehabilitación quirúrgica, lo que insinúa la persistencia del dolor corporal como elemento universal y trascendental que se comparte entre distintos sujetos posmodernos en medio de sus realidades divididas: “[...] (la protagonista) deja de empecinarse en la razón especulativa y las conjeturas metafísicas para entrar en el reino de lo sensitivo y lo corporal [...] en un mundo donde el culto de belleza ha deshumanizado el ser humano” (Wu, 2021, p. 17).

⁹ “Palabras que más aparecen presumiblemente en los libros de la biblioteca de mis padres: táctica, estrategia, lucha, Argentina, Perón, revolución. Estado general de los libros de la biblioteca de mis padres: malo y, en algunos casos, fatal, miserable o pésimo” (Pron, 2011, p. 36).

Un cosmopolitismo abierto: comunidad heterogénea y consenso diferencial en *Poeta chileno*

Publicada en 2020, *Poeta chileno* crea un denominador común que amplía y trasciende la implicación taxonómica y geográfica original del término (“poeta chileno”), presentándoles a los lectores una comunidad en la que una pluralidad de sujetos se reconoce de manera mutua, incluyendo a poetas profesionales, expoetas, críticos literarios, poetas fracasados, no poetas y una cronista estadounidense. López Martínez identifica el concepto de comunidad en la novela de Alejandro Zambra como un legado del real-visceralismo bolañesco, caracterizado por un nomadismo literario: “[...] *an immanent and reinvented sense of community, inherently open and prone to be re-enacted –and thus redesigned– by future collectives*” (2022, p. 103). Lorena Amaro propone leer la pertenencia colectiva de los personajes de Zambra apelando a la tradición poética de Chile como el trasfondo de “una lengua compartida” (2022, p. 128). Nuestra hipótesis se fundamenta en la premisa de que la idea de una comunidad heterogénea y atípica no se configura únicamente por una influencia literaria compartida, como lo sugiere López Martínez (2022), sino por un deseo común de encontrar trascendencia y pertenencia más allá de las divergencias superficiales e ideológicas, carácter que resulta representativo de la narrativa posdictatorial del Cono Sur.

Ambientada en una modernidad líquida donde prevalece una vida “turbulenta-desestabilizadora-apasionada” (Zambra, 2020, p. 68), la historia gira en torno a la figura de dos “poetas chilenos”: Gonzalo, un profesor de literatura y expoeta que ha renunciado a su sueño juvenil de convertirse en el nuevo Nicanor Parra porque “sus poemas no calentaban a nadie” y “los sentía crudos, peligrosamente transparentes” (2020, p. 164); y Vicente, su hijastro y aspirante a poeta. En lugar de un antihéroe sumido en el desarraigo espiritual, se describe a Gonzalo como un ser que busca continuidad y certeza en las prácticas cotidianas. Intenta empatizar y aprehender la perspectiva infantil del pequeño Vicente como una forma de salir de un mundo vulgar y utilitario.

Se destaca así un lazo filial no arquetípico: la comunicación padrastro-hijastro tergiversa la típica estructura padre-hijo jerárquica e inhibidora, y forma una “unión diferencial” que sirve como punto de partida para una futura comunidad no convencional.¹⁰ Gonzalo asume el rol del padre sin imponer una autoridad patriarcal normativa. En cambio, el padre biológico del niño es un ser cínico y materialista que exhibe a su hijo “como si fuera un auto último modelo o una modelo con la que estuviera saliendo” (Zambra, 2020, p. 199). La posición igualitaria con la que Gonzalo dialoga con el hijastro para preservar la ilusión infantil contrasta con “la normalización de una familia nuclear en una estructura conservadora” y se consagra a “descubrir en las palabras lo que el uso común ha desgastado” (Amaro, 2022, pp. 114 y 117). A través de los diálogos entre dos generaciones, el niño aprende a hablar de forma inclusiva y creativa, en tanto que el padrastro se apropia de una perspectiva infantil, lo cual crea una nueva óptica para entender el mundo:

Hay que usar las palabras, aunque no nos gusten. Y si las usamos lo suficiente, capaz que signifiquen algo distinto, *capaz que logremos cambiar su significado*.

Esta última frase tan hippie no pensaba decirla, simplemente le salió, quizás gatillada por la cadencia esperanzada que Gonzalo procuraba imprimir a sus palabras cuando hablaba con el niño: de pronto apareció una fe sorpresiva, un entusiasmo agazapado, latente [...].

–La próxima vez que nos pregunten voy a decir que soy tu padrastro y tú puedes decir que eres mi hijastro.

–Vale, padrastro –dijo el niño, en un tono casi solemne–. *¿Seguimos jugando?* (Zambra, 2020, p. 99, énfasis añadido).

Palabras resemantizadas como “padrastro”, “abuelastro” o “familiastra” son inventadas por el niño para transmitir su afecto a la nueva familia, despojándolas de las connotaciones negativas asociadas a una paternidad “vicaria” y “sustituyente”, lo cual muestra

¹⁰ “Pointing to an alternative non-familial alignment of intimacy” (Benner, 2022, p. 247).

la potencialidad de los juegos lingüísticos. La red denominación de los conceptos permite deshacerse de las reglas simbólicas convencionales y crear nuevos elementos de unión, lo que da lugar a una comunidad que se mueve siempre hacia afuera y pone en suspenso la lógica convencional que subyace al habla cotidiana. Dicha comunidad lingüística se enriquece más con la incorporación de Pru, una periodista estadounidense desencantada que decide hacer un reportaje sobre los poetas chilenos en un país donde “la poesía es curiosamente, irracionalmente relevante” (Zambra, 2020, p. 250).

Afloran desde allí diferentes tipos de poetas: pedantes y competitivos; mediocres y burocráticos, que “son mejores llenando los formularios de las becas que escribiendo poemas” (Zambra, 2020, p. 170); poetas radicales que abandonan la poesía alegando que “Cuando rima es hip hop y cuando no rima es poesía [...]” (p. 290); poetas machistas; poetas mapuches; libreros; académicos; poetas feministas comprometidas; mendigos que improvisan versos líricos; no poetas que se vinculan más con la poesía que los propios poetas... Se desmitifica al mismo Nicanor Parra cuando aparece en la entrevista de Pru y afirma que la antipoesía pertenece a la época anterior. En lugar de dedicar la entrevista exclusivamente a la poesía, el Parra ficticio pasa la mayor parte del tiempo hablando de la vida, poniendo en evidencia el espíritu autocrítico de los “poetas chilenos”.

A medida que Pru se adentra en aquel submundo como extranjera, se da cuenta de que la noción de “poeta chileno” ya no se vincula con una profesión particular ni con una geografía cultural específica y “fossilizada”, sino a un espacio de encuentro entre distintos sujetos, sean poetas o no, que se enfrentan a las miserias y los cinismos de la vida cotidiana sin perder su dignidad. Afirma en la novela un tal poeta Hernaldo Bravo: “Yo no sé si me gustan mis poemas, pero sé que si no los hubiera escrito sería más tonto, más inútil, más individualista” (Zambra, 2020, p. 288). En lugar de ser un concepto preconcebido, el término “poesía” nos incursiona en la autenticidad de la vida misma en un mundo fracturado y utilitario:

—¿Y qué necesita el pueblo entonces?

—No sé. Yoga, kickboxing, poesía, revolución. Educación verdadera, alegría

verdadera, jardines, pedicura, ceviche. Gimnasia rítmica, esgrima. Mucha palta, quinoa, cochayuyo. Piedras filosas, superpoderes, amuletos. Y unas buenas zapatillas. [...]

–Olvídese de los poetas, mijita. Vaya a las canchas de tierra, a las poblaciones, pero vaya con cuidado, eso sí [...] (Zambra, 2020, p. 292).

La imbricación entre la vida particular de cada sujeto y la poesía enriquece el sentido de la comunidad.¹¹ La novela culmina con una fiesta donde los poetas, a pesar de sus rivalidades y discrepancias, se reconcilian pronto mediante un buen poema, lo que destaca la índole abierta del grupo. Esa comunidad poética en constante expansión y diálogo engloba subjetividades por apariencia contradictorias y, a través de una generalidad diferencial que busca un sentido sólido pero trasgresor, se renuncia a una narrativa nihilista y posmoderna que ve el mundo de manera fragmentaria. Expresa una poeta entrevistada: “[...] Chile es clasista, machista, rígido. Pero el mundo de los poetas es un poco menos clasista. Solo un poco. [...] creen en el talento, tal vez creen demasiado en el talento. En la *comunidad*. No sé, son más libres, menos cuicos. Se mezclan más” (Zambra, 2020, p. 317; énfasis añadido).

De acuerdo con Amaro, “la literatura de Zambra [está] confrontada permanentemente a los dilemas de la pertenencia propios de una subjetividad en crisis, en [la] que el cruce de lo individual y lo colectivo busca los cauces para su expresión” (2022, p. 127). En lugar de subrayar su pertenencia a ciertas corrientes o estilos literarios, se enfoca en las experiencias vitales de los sujetos en relación con la poesía: “[...] cuando los sacas de la poesía se vuelven tartamudos. Por eso escriben poemas, porque no saben hablar” (Zambra, 2020, p. 317). En este sentido, *Poeta chileno* revisa la antigua política identitaria abstracta, reduccionista y totalitaria que empobrece el sentido y aísla a las comunidades. La escritura poética deja de ser un acto íntimo y privado, y pasa a ser un cohesionador público y dialogante, lo que hace que el concepto de “poeta chileno” sea extrapolable a cualquier

¹¹ “*Poeta chileno's minimal difference between narration –the place– and embedded poems – what takes place– redeems literature's affective avenues for enriching the community*” (López Martínez, 2022, p. 112).

individuo que se sitúa en el intersticio entre las reglas simbólicas y una dinámica más insurgente y genuina de autodescubrimiento continuo. Cuando visita Valparaíso, Pru descubre que “toda la población [...] se dedica a la poesía” (2020, p. 299), sintiendo que ella misma pertenece a esta comunidad cosmopolita:

Piensa que los poetas chilenos son perros callejeros y que los perros callejeros son poetas chilenos y que ella misma es una poeta chilena metiendo el hocico en los basureros de una ciudad desconocida [...] una poeta chilena que no es poeta ni es chilena, pero de algún modo su peregrinaje de periodista en busca de oportunidades, el sueño siempre frustrado de publicar en las grandes revistas o al menos de escribir un reportaje notable y rotundo, la hermana con esos hombres [...]. Su vida en Nueva York le parece, en retrospectiva, frívola, pero también es cierto que no quiso hacer cualquier cosa; que siempre *buscó, que sigue buscando algo*, y aunque no sabe bien qué es, sabe que no se relaciona cabalmente con el éxito o el reconocimiento; igual ella es, desde alguna perspectiva, una figura medio heroica (Zambra, 2020, pp. 332-333; énfasis añadido).

La presencia de Pru, una “poeta chilena” que no es ni poeta ni chilena, funciona como el “afuera constitutivo” que enriquece y desterritorializa la semántica original de la comunidad. Eso nos recuerda la definición de Mouffe (1993) sobre una comunidad política libre de coacción que auspicia flujos constantes de autocrítica en su futura expansión: “[...] una interpretación democrática radical ve el bien común como un punto que se desvanece [...] una comunidad política nunca podrá existir completamente, siempre habrá un afuera constitutivo, un exterior a la comunidad que es la condición misma de su existencia” (p. 17).

Con la incorporación de lo extranjero a la comunidad, el “poeta chileno” se convierte en el denominador común que hace confluir lo particular con lo universal, *el* concepto abstracto, esencial y trascendental del “poeta chileno” con *las* sensibilidades individuales, concretas y cotidianas de los “poetas *chilenos*”, un proceso que apunta a la profundidad del ser y la búsqueda del sentido más allá de las apariencias dispersas y contradictorias. *La montaña mágica* de Thomas Mann, el libro que Gonzalo le regala a Vicente al final de la novela, simboliza la persistencia de los legados compartidos en

un mundo atomizado: se hace hincapié en el capítulo “Nieve” del libro, donde se narra la travesía de Castorp durante una tormenta de nieve y el delirio mental que sufre, lo que muestra la voluntad de superación como una herencia común, compartida a lo largo de varias generaciones. Al proponer la búsqueda de sentido y una resistencia que trasciende los discursos ideológicos, la novela de Zambra se aleja de un ambiente atomista que amenaza con sacudir la base de convivencia, y el “poeta chileno” aparece como un representante de un bien común que no está guiado por los intereses materiales sino por otros más genuinos y vitales, lo que da cabida a la idea de la subjetividad individual como parte de la intersubjetividad.

En busca de lo sólido y lo concreto: hacia un afecto poético

Honneth (2007) define la reificación como una perspectiva petrificada y en exceso objetivadora que se cristaliza en “esfuerzos científicos [que tienden a] olvidar los momentos de asombro existencial por los que aquéllos se iniciaron” (p. 92), y que impide al sujeto *implicarse* de hecho en la historia del Otro. La amnesia colectiva contribuye a forjar estereotipos y prejuicios que convierten a los otros en objetos puramente observables mediante datos cuantitativos. Se trata de “una unilateralización o de un endurecimiento de la postura de conocimiento ocurrida por la desvinculación de su propósito [...]” (2007, p. 97). Frente a la reificación, se necesita un afecto recíproco que genere sensibilidades para contrarrestar la interpretación reificadora de la realidad. Benner (2022) estudia el afecto en la obra de Zambra a partir de la conservación del archivo digital como un gesto de renovación de la memoria intergeneracional y de compartir una intimidad conjunta. Por su parte, López Martínez describe el afecto en la poética de Zambra como manifiesto de la vida de los escritores posbolañescos: “*Life and literature permeate each other, enabling an ethics of immanent encounters between bodies*” (2022, p. 102). Profundizamos en la idea del afecto a partir de una forma poética de reconocimiento mutuo convertida en la ética central en la “narrativa de los hijos”.

Bajo la influencia de la mecánica clásica, el concepto de “afecto” fue formulado primero por Spinoza (2011) en su *Ética* para describir las interacciones entre objetos con intensidades inmanentes que siguen la ley de naturaleza. Sin embargo, dicha versión fue criticada por su reduccionismo emocional y su visión objetivadora. La fenomenología reciente revierte la concepción tradicional del afecto y lo considera como una consecuencia del encuentro vital con el Otro y una manera de desterritorializar las subjetividades:

[...] me remito a un ser exterior, tanto si es para abrirnos como si es para cerrarme a él. Si las cualidades irradian a su alrededor cierto modo de existencia, si tienen cierto poder de hechizo [...] es porque el sujeto sensor no las posee como objetos sino que simpatiza con ellas, las hace suyas y encuentra en ellas su ley momentánea (Merleau-Ponty, 1985, p. 229).

En *Poeta chileno*, dicha sensibilidad inmanente respecto a la alteridad se intensifica a medida que los personajes, mediante el acto de escribir, reconocen y comparten el deseo conjunto de transgredir la lógica calculadora y utilitaria de la vida cotidiana.

Desde los tiempos de la vanguardia, el género poético se vincula de manera intrínseca con la ruptura y la ausencia: el hecho de escribir significa un salto hacia el vacío que suspende la convención establecida y opone al sujeto a la sensación fantasmagórica de certeza e inmutabilidad. De acuerdo con Blanchot: “Hacer de la muerte, mi muerte, ya no es entonces mantenerme yo en la muerte, es ampliar ese yo hasta la muerte, exponerme a ella, no excluirla, sino incluirla, mirarla como mía” (2008, p. 119). La pulsión del exceso determina la quiebra del propio yo y hace que la experimentación poética impida cualquier encuentro. Sin embargo, persiste en *Poeta chileno* la voluntad de utilizar la poesía como una forma de reconocimiento mutuo y de la manifestación del deseo común de libertad, como se expresa en este pasaje: “Todas las preguntas son agresivas. Hay que conversar nomás” (Zambra, 2020, p. 325).

Después de la separación entre Gonzalo y su madre, el hijastro Vicente intenta llenar el vacío originado por la ausencia de su padrastro hurgando en su biblioteca. Le parecía “alucinante” que “hubiera alguien, un adulto, dedicado a coleccionar esas imágenes

[de los poemas], a rescatarlas, a compartirlas, y que entregarse a esa obsesiva aventura fuera algo así como un trabajo” (Zambra, 2020, p. 264). En lugar de construir una perspectiva impermeable y petrificada, la experiencia poética forja una mirada empática anclada en una interacción vital entre el yo y el mundo exterior. A diferencia de sus amigos, que corresponden perfectamente al prototipo de poetas anticapitalistas y comprometidos que vociferan “contra el capitalismo y el clasismo y el centralismo y el machismo de la sociedad chilena” con toques “puntuados, rabiosos, iconoclastas” para “saciar una necesidad externa” (2020, p. 238), Vicente se fija en los detalles para inscribirlos “en su sensibilidad, en su mirada” (p. 190).

Como consecuencia, la escritura poética oscila entre la imposibilidad de llegar a una plenitud autorreferencial y la posibilidad de encaminarse al *Dasein*. Se evoca así un sentido poético heideggeriano largamente omitido en la sociedad contemporánea, dirigiendo una mirada significativa al mundo olvidado del Otro:

La verdad como claro y encubrimiento de lo ente acontece desde el momento en que se poetiza [...] lo que despliega el poema en tanto que proyecto esclarecedor de desocultamiento y que proyecta hacia adelante en el rasgo de la figura, es el espacio abierto [...] en medio de lo ente logra que lo ente brille y resuene (Heidegger, 1997, p. 52).

La posición de apertura que el sujeto asume tanto para sí mismo como para el mundo alienado deja vislumbrar un matiz afectivo del ser que no se ciñe a los conceptos estrictos. Se resalta una alteridad radical que demanda una respuesta incondicional del yo hacia el “rostro del otro”: “El Otro [...] se sitúa en una dimensión de altura y de abatimiento –glorioso abatimiento–; tiene la cara del pobre, del extranjero, de la ciudad y del huérfano y, a la vez, del señor llamado a investir y a justificar mi libertad” (Levinas, 1977, p. 262).

Lo que escribo no es para ti, ni para mí, ni
para los iniciados. Es para la niña que nadie
saca a bailar, es para los hermanos que
afrontan la borrachera y a quienes desdennan
los que se creen santos, profetas o poderosos
(Jorge Teillier, “Botella al mar”, citado por Zambra, 2020, p. 266).

Pese a las líneas de fuga y las alegorías fracturadas que emplean los poetas para resistir la influencia de la racionalidad instrumental como una forma de subversión estética, persiste la búsqueda de lo eterno mediante la interdependencia afectiva entre los seres y sus lenguajes poéticos: “[...] las palabras duelen, vibran, curan, consuelan, repercuten, *permanecen*” (Zambra, 2020, p. 377; énfasis añadido). La necesidad de captar lo sólido se refuerza con la aparición de uno de los poemas de Vicente, donde expresa: “[...] el deseo de no jugar nunca más con las palabras / y el deseo de no jugar nunca más con las palabras [...]” (2020, p. 419), lo que evidencia una renuncia de los “poetas chilenos” a los discursos ideológicos vacíos que derivan de los sofisticados juegos del lenguaje.

El reencuentro entre Vicente, el expoeta y Gonzalo, el aspirante a poeta, les permite adentrarse de manera conjunta en un espacio poético y explorar la voluntad universal de captar lo inmutable en medio de la incertidumbre, lo que da lugar a un intercambio profundo entre dos seres provenientes de constelaciones distintas. Durante el reencuentro, el expoeta Gonzalo habla “una lengua que constaba exclusivamente de frases finales” mientras que Vicente, el futuro poeta, habla “una lengua incorrupta, de palabras vacilantes y vivas, de frases tentativas que empezaban y continuaban indefinidamente” (Zambra, 2020, p. 352). El acceso afectivo al mundo del otro trasciende un espacio propio donde rigen dogmas preestablecidos, y les permite a ambos personajes deshacerse del rol padre-hijo que el mundo simbólico les había impuesto. En la medida en que ellos profundizan en la discusión sobre literatura y recuerdan los tiempos de convivencia, se sienten a la vez identificados y cambiados con la presencia del otro: Vicente expresa su deseo de “aprender a hablar de las cosas que importan” (2020, p. 414), como el padrastro, en tanto que Gonzalo decide retomar la escritura con el propósito de escribir para Vicente (p. 420); mientras el hijastro memoriza el poemario del padrastro “como un niño que empieza a hablar e imitar todas las palabras que escucha” (p. 392), Gonzalo siente “la esquiva caricia de un reconocimiento” (p. 393).

En el poema “Garfield” que recita su hijastro, Gonzalo evoca a un niño inocente que pertenece “al país de los niños” (Zambra, 2020,

p. 387) y que les regala peluches a los chicos fallecidos, en el cementerio. Se trata de la reescritura poética de un paseo cotidiano compartido por los dos durante la infancia de Vicente, que ha dejado marcas indelebles en la memoria de Gonzalo. La perspectiva infantil en el poema adquiere una fuerza genuina e inquietante que se resiste a las lógicas utilitarias de la vida adulta. La presencia del exhijastro despierta afectos reprimidos en Gonzalo, un adulto que, tras su fracaso en la poesía, la convierte en su objeto de estudio académico, lo que constituye una clara referencia a la instrumentalización de la poesía. Después de encontrarse con el mundo de Vicente, el ya exitoso académico empieza a hacer una autocrítica sobre su condición privilegiada y reanuda su compromiso con el vasto universo de “los otros”:

Creía que era inteligente porque leía a los griegos, porque aprendía latín, porque citaba a Derrida. [...] a los diez, a los doce años, tenía un plan: hablar de otra manera, vivir de otra manera, pensar de otra manera, romper todos los espejos de la casa hasta olvidar alegremente, definitivamente su rostro. Todos sus amigos fracasaron [...] pero él prosperó, se convirtió en la excepción [...] Y hubo un tiempo largo en que se sentía orgulloso de eso. Ahora no. Ahora se avergüenza. Ahora piensa que él también fracasó (Zambra, 2020, pp. 415-416).

Una mirada empática y afectiva se hace posible gracias a los diálogos poéticos anclados en las experiencias concretas y sensibles del Otro. El sujeto, en lugar de configurarse desde la negatividad de acuerdo con la tradición vanguardista, se *implica* y se *reafirma* en las vivencias concretas de los otros, transitando desde dimensiones puramente teóricas, identitarias y abstractas hacia una ética del cuidado enfocada en las vulnerabilidades y esperanzas humanas. La concepción de un sujeto autónomo que existe sólo en el plano metafísico y abstraído de los entramados complejos de la vida real, y “de sus particularidades, de sus pertenencias, de sus contextos y de sus relaciones” (Darat, 2021, p. 9), cede lugar a una ética intersubjetiva y a las políticas del cuidado que reconocen las interacciones afectivas y las dependencias recíprocas (Camps, 2021).¹²

¹² “A una democracia del cuidado no le bastan individuos abstractamente libres, como el ciudadano kantiano, que debe ya ser dueño de sí mismo como prerequisite para poder

Al final de la novela, el expadrastro empieza a recordar los días en los que cierto arraigo era posible, debido a su convivencia con el hijastro: “[...] quiere recuperar imágenes de Vicente jugando con [la gata] Oscuridad en el patio [...] ¿Lo habría dado todo para salvarlo, para protegerlo? Claro que sí [...]” (Zambra, 2020, pp. 372-373). Así es como los “poetas chilenos” entran en el reino de lo concreto y poético, abriéndose al *Dasein* y comprendiéndose de manera mutua. La relación entre padrastro e hijastro se convierte en “el modo de trascendencia humana hacia la alteridad del otro hombre” (Campos, 2013, p. 7), lo que enriquece el significado del “poeta chileno” en el plano afectivo.


A modo de conclusión

La narrativa posdictatorial del Cono Sur se caracteriza por una escritura del fracaso y la imposibilidad. Al reconocer la incapacidad para una representación y enunciación plena, se apunta en los complejos juegos del lenguaje para interrogar la legitimidad del conocimiento oficial en “un punto de vacilación que marca la imposibilidad de significación del mundo” (Jofré y Bilbao, 2022, p. 30). El presente artículo propone un nuevo enfoque para abordar la contemporaneidad a partir de la idea de comunidad heterogénea y reconocimiento afectivo presente en las obras de narradores del Cono Sur como Mauricio Electoral, Alejandra Costamagna, Lina Meruane y Patricio Pron. Se señala la transición desde una mirada parricida, rupturista y alegórica que busca de forma incesante lo innombrable frente al *establishment* literario, hacia otra más empática que reconstruye una comunidad donde un consenso diferencial y no totalizante es posible. Guiada por la búsqueda de lo común como valor fundamental del ser humano, aquella comunidad heterogénea es capaz de crear alternativas transgresoras en oposición al discurso instrumental del neoliberalismo, así como de articular un denominador común que reúne a distintos agentes particulares.

Poeta chileno de Alejandro Zambra se erige como una obra representativa de un conjunto de novelas que pretenden reparar

ser un sujeto político, es preciso proveerles de las condiciones para ser libres” (Darat, 2021, p. 9).

los lazos fracturados en la posmodernidad. Una comunidad poética se organiza en torno a un consenso diferencial susceptible de renovaciones y reestructuraciones. La poesía se deshace de sus implicaciones puramente estéticas para intervenir en el espacio público, y el término “poeta chileno” transgrede su sentido original y delimitado para abarcar a poetas y no poetas, expoetas y futuros poetas, chilenos y extranjeros. Una afectividad poética contribuye a dar cuenta de la condición concreta y corporal del Otro, y conduce a los sujetos en una sensibilidad “anterior a la tematización conceptual del entendimiento” (Campos, 2013, p. 7).

La reciente novela *Literatura infantil* de Alejandro Zambra (2023) continúa la senda trazada por el autor: el padre y el niño se alimentan, se corrigen, y se exploran mutuamente para sumergirse en una comunicación prolongada. Como respuesta al imaginario cultural atomista de la posmodernidad, el entendimiento intersubjetivo mediante la poesía funciona para reparar fracturas e imposibilidades narrativas, y se convierte en una práctica compartida por los sujetos posmodernos en busca de una ética sólida y un espacio propio 

Referencias

- Aguirre, J. (2022). Habermas y los roles de una filosofía posmetafísica y democrática. *Isegoría*, (67), e13. <https://doi.org/10.3989/isegoria.2022.67.13>.
- Aira, C. (2005). *Cómo me hice monja*. Ediciones Era.
- Alcoba, L. (2010). *La casa de los conejos*. Edhasa.
- Amaro Castro, L. (2014). Formas de salir de casa, o cómo escapar del Ogro: relato de filiación en la literatura chilena reciente. *Literatura y Lingüística*, (29), 96-109. <http://dx.doi.org/10.4067/S0716-58112014000100007>.
- Amaro Castro, L. (2022). Alejandro Zambra: la lengua privada de un poeta chileno. *Revista Letral*, (28), 111-134. <https://doi.org/10.30827/rl.vi28.21573>.

- Appiah, K. A. (2007). *La ética de la identidad* (L. Mosconi, Trad.). Katz.
- Bauman, Z. (2014). *En busca de la política* (M. Rosenberg, Trad.). FCE.
- Benjamin, W. (1990). *Obra completa* (J. M. Valverde Pacheco, Ed.). Taurus.
- Benner, W. R. (2022). Digital Archives and Intergenerational Reckoning with Chile's Traumatic Past In *Mis documentos* (2014) and *Poeta chileno* (2020) by Alejandro Zambra. *Journal of Latin American Cultural Studies*, 31(2), 241-256. <https://doi.org/10.1080/13569325.2022.2093173>.
- Berti, E. (2018). *Un padre extranjero*. Impedimenta.
- Bieke, W. (2014). Narrar la frágil armadura del presente. La paradójica cotidianidad en las novelas de Alejandro Zambra y Diego Zúñiga. *Interférences Littéraires*, (45), 53-67. <https://n9.cl/hymny>.
- Blanchot, M. (2008). *La conversación infinita* (I. Herrera, Trad.). Arena Libros.
- Bruzzone, F. (2008). *Los topos*. Mondadori.
- Campos Salvaterra, V. (2013). Náusea y deseo: acceso afectivo a lo pre-original de la estructura subjetiva en la filosofía de Emmanuel Levinas. *Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica*, 69(258), 7-27. <https://n9.cl/azil1m>.
- Camps, V. (2021). *Tiempo de cuidados. Otra forma de estar en el mundo*. Arpa.
- Caparrós, M. (2011). *Los Living*. Anagrama.
- Carreño, R. (2005). De niños de septiembre a pasajeros en tránsito: memorias del 2000 en Electorat y Fuguet. *Taller de Letras*, (37), 103-119. <https://n9.cl/mfe03>.
- Cely Ávila, F. E. y Mojica López, L. A. (2019). Afecto y sentido. *Pensamiento. Revista de Investigación e Información Filosófica*, 75(285), 913-929. <https://doi.org/10.14422/pen.v75.i285.y2019.006>.
- Costamagna, A. (2018). *El sistema del tacto*. Anagrama.
- Darat, N. (2021). Autonomía y vulnerabilidad. La ética del cuidado como perspectiva crítica. *Isegoría*, (64), e03. <https://doi.org/10.3989/isegoria.2021.64.03>.
- Electorat, M. (2004). *La burla del tiempo*. Seix Barral.

- Enríquez, M. (2016). *Las cosas que perdimos en el fuego*. Anagrama.
- Fernández, N. (2002). *Mapocho*. Uqbar.
- Franz, C. (2005). *El desierto*. Sudamericana.
- Fuguet, A. (2018). *Cuentos reunidos*. Random House.
- Fukuyama, F. (2019). *Identidad. La demanda de dignidad y las políticas de resentimiento* (A. García Maldonado, Trad.). Deusto.
- Gainza, M. (2014). *El nervio óptico*. Anagrama.
- García-Avello, M. (2019). Escrituras de la ausencia: las novelas de los hijos de las posdictaduras de Chile y Argentina. *Arbor*, 195(793), a521. <https://doi.org/10.3989/arbor.2019.793n3009>.
- González Muñoz, R. A. y Osorio Arias, M.-d-M. (2022). Sublimación, arte y vacío. Una aproximación a la estética desde la articulación entre filosofía y psicoanálisis. *Alpha*, (54), 9-22. <https://n9.cl/rasda>.
- Gracia Calandín, J. y Reyes Lobos, M. (2022). Bien común, bienes comunes ¿para quién(es)? Desafiando la visión atomista de la sociedad civil. *Isegoría*, (66), e18. <https://doi.org/10.3989/isegoria.2022.66.18>.
- Habermas, J. (1992). *Teoría de la acción comunicativa, 1. Racionalidad de la acción y racionalización social* (M. Jiménez Redondo, Trad.). Taurus.
- Heidegger, M. (1997). *Caminos de bosque* (A. Leyte y H. Cortés, Trads.). Alianza.
- Hernández, B. (2019). La reescritura como ejercicio de estilización paródica en *Facsímil* de Alejandro Zambra y “Curriculum vitae” de Rodrigo Lira. *Estudios Filológicos*, (63), 99-120. <http://dx.doi.org/10.4067/S0071-17132019000100099>.
- Honneth, A. (2007). *Reificación. Un estudio en la teoría del reconocimiento* (G. Calderón, Trad.). Katz.
- Jeanmaire, F. (2003). *Papá*. Sudamericana.
- Jofré, D. y Bilbao, A. (2022). Wittgenstein y el psicoanálisis: aproximaciones desde el lenguaje, la ética y el sujeto. *Alpha*, (54), 23-42. <https://n9.cl/skye7>.
- Laclau, E. y Mouffe, C. (1987). *Hegemonía y estrategia socialista. Hacia una radicalización de la democracia* (E. Laclau, Trad.). Siglo XXI.

- Leandro-Hernández, L. (2018). Escribir la realidad a través de la ficción: el papel del fantasma y la memoria en “Cuando hablábamos con los muertos”, de Mariana Enríquez. *Brumal*, 6(2), 145-164. <https://doi.org/10.5565/rev/brumal.522>.
- Levinas, E. (1977). *Totalidad e infinito* (J. M. Ayuso Díez, Trad.). Sígueme.
- Levrero, M. (2005). *La novela luminosa*. Alfaguara.
- Lillo, M. (2011). La burla del tiempo de Mauricio Electorat, o una memoria traumática de la dictadura. *Taller de letras*, (49), 141-158.
- López Martínez, R. (2022). Bolañesque Affects: Communities of Poets in Diego Trelles Paz's *El círculo de los escritores asesinos* and Alejandro Zambra's *Poeta chileno*. *Romance Studies*, 40(2), 99-115. <https://doi.org/10.1080/02639904.2022.2114629>.
- Mann, T. (2005). *La montaña mágica* (I. García Adánez, Trad.). Edhasa.
- Merleau-Ponty, M. (1985). *Fenomenología de la percepción* (J. Cabanes, Trad.). Agostini.
- Meruane, L. (2012). *Sangre en el ojo*. Random House.
- Meruane, L. (2019). *Sistema nervioso*. Random House.
- Molano Vega, M. A. (2014). Walter Benjamin: alegoría, memoria y modernidad. *Ideas y Valores*, 63(154), 165-190. <https://n9.cl/rf8g9>.
- Mouffe, C. (1993). Feminismo, ciudadanía y política democrática radical (H. Moreno, Trad.). *Debate Feminista*, 7, 3-22. <https://n9.cl/vp0vo>.
- Nancy, J.-L. (2001). *La comunidad desobrada* (P. Perera, Trad.). Arena Libros.
- Neuman, A. (2003). *Una vez Argentina*. Anagrama.
- Oliver, F. (2017). Alejandro Zambra, el cultivo del relato literario. *Verba Hispánica*, (16), 217-229. <https://doi.org/10.4312/vh.24.1.217-229>.
- Oloixarac, P. (2008). *Las teorías salvajes*. Entropía.
- Oloixarac, P. (2019). *Mona*. Random House.
- Pauls, A. (2005). *Wasabi*. Anagrama.
- Pauls, A. (2007). *Historia del llanto*. Anagrama.
- Pron, P. (2011). *El espíritu de mis padres sigue subiendo a la lluvia*. Random House.

- Reynares, J. M. (2017). Neoliberalismo y actores políticos en la Argentina contemporánea. *Perfiles Latinoamericanos*, 25(50), 279-299. <https://doi.org/10.18504/pl2550-013-2017>.
- Richard, N. (2002). La crítica de la memoria. *Cuadernos de Literatura*, 8(15), 187-193. <https://n9.cl/8foxtr>.
- Sarlo, B. (2005). *Tiempo pasado. Cultura de la memoria y giro subjetivo. Una discusión*. Siglo XXI.
- Sosa Villada, C. (2020). *Las malas*. Tusquets.
- Spinoza, B. (2011). *Ética demostrada según el orden geométrico* (3.ª ed., V. Peña, Trad.). Alianza.
- Trabucco Zerán, A. (2020). El relato de los síntomas en *Sistema nervioso*, de Lina Meruane. *Taller de Letras*, (66), 217-219. <https://n9.cl/yebhk>.
- Trías, F. (2001). *La azotea*. Trilce.
- Wittgenstein, L. (1999). *Investigaciones filosóficas* (A. García Suárez y C. U. Moulines, Trans.). Altaya.
- Wu, Y. (2021). La morfología de la enfermedad: variación de los cuerpos enfermos en la literatura hispanoamericana de las últimas décadas. *Esferas Literarias*, (4), 4-20. <https://doi.org/10.21071/elrl.vi4.13579>.
- Zamora, A. (2006). *Bonsái*. Anagrama.
- Zamora, A. (2011). *Formas de volver a casa*. Anagrama.
- Zamora, A. (2013). Cuaderno, archivo, libro. *Revista Chilena de Literatura*, (83), 243-252. <http://dx.doi.org/10.4067/S0718-22952013000100013>.
- Zamora, A. (2015). *Facsimil*. Sexto Piso.
- Zamora, A. (2017). *Mis documentos*. Anagrama.
- Zamora, A. (2020). *Poeta chileno*. Anagrama.
- Zamora, A. (2023). *Literatura infantil*. Anagrama.